

Estampas

— Colaboración directa —

Qué hay de nuevo?...

Hablemos del poder moral de la juventud y no de si se ha prohibido cortar el rabo a los perros

Todos invariablemente nos preguntan al encontrarnos qué hay de nuevo por el interior. Ya estamos abrumados de oír y de responder siempre la misma cosa. Nos hemos acordado de Heine cuando se burló del aldeano que le hizo igual interrogación. Al salir yo de la ciudad —le dice— se había publicado un decreto prohibiendo, bajo multa, cortar el rabo a los perros. Por qué? Sencillamente, porque si los perros llevan el rabo entre las piernas, rabiosos están y se les distingue de los no rabiosos, cosa imposible cuando carecen de rabo.

Si al menos esa curiosidad buscara motivos de reflexión! Pero es malsana y quiere el chisme, la habladuría, la simpleza. De eso vive y por eso asedia al forastero. Ninguno se ha interesado, por ejemplo, por conocer la etapa actual del problema eléctrico. El puerto tiene luz y fuerza y con eso basta. No hay cuestión eléctrica para esta población que pregunta invariablemente por las novedades del interior. Como no existe tampoco cuestión de ninguna naturaleza. Heine universalizó su respuesta. No pueden interesar a las gentes ciertas inquietudes que las lleven a pensar... Sería ridículo hablarles en vez de la prohibición de cortar el rabo a los perros, de la necesidad de que en Costa Rica los llamados jóvenes—edad que aquí se extiende desde los veinte a los sesenta años—se conserven como un poder moral. Y cuánta falta hace insistir en tal proposición. Realizando un anhelo así todos nuestros problemas, grandes y menudos, recibirían un trato diferente. Pero no cabe una estridencia en la uniformidad monótona de nuestro medio. El poder moral de la juventud no existe.

Cree esa generación de los veinte a los sesenta, que puede tener poder político. Engaño tremendo. Por esta quimera ha sacrificado lo único que la haría respetable, que le daría significación real en los destinos del país. Si constituyera una fuerza moral apreciable, sería a la vez un freno para todas las ambiciones desatadas por unos hombres insaciables de gloria, de mando, de adulación palaciega. Se volvería el pensamiento a esa generación esperando oír de ella el consejo puro y orientador.

Pero la posición ventajosa que en todos los pueblos están destinadas a ocupar las juventudes, en el nuestro no parece conquistada, sino deshecha por veleidades, por ambicioncillas. Y es que no se va más que tras el camino fácil. En realidad una posición moral requiere un gran poder de sacrificio que no todos tienen. Ante la conveniencia capitulan centenares de vidas. El logro de un honor, de una granjería acaba con muchos pedestales.

Comprendamos que aquí la juventud corre de los veinte a los sesenta, para no limitar las debilidades y los yerros a la edad más temprana. Pero llevemos también la comprensión al hecho de que

cuando capitulan es uniforme el paso que marcan. Hay una nivelación pareja. Explica esto la preponderancia que ejercen algunos hombres. El espectáculo que han tenido siempre ha sido el de una y otra generación blanducha a sus caprichos. Han podido esos hombres cometer los yerros más grandes y nadie les ha pedido cuentas. A lo que más se ha llegado es a escarnecerlos y con el escarnio no se crea nada; muchas veces, la generalidad de las veces, sólo se prepara la capitulación vergonzosa. Si esos hombres hubieran contado con juventudes de gran fuerza moral, habrían quedado liquidados definitivamente. No habrían podido seguir mintiendo, simulando amor por los intereses vitales de la nación. ¿Qué les habrían dicho, por ejemplo, al ver estropeada y en regresión lamentable la Educación de un país por la cual prometieron velar con sincera devoción? Ah! pero si algo han oído ha sido de voces aisladas, mientras del otro lado un coro enronquecido, o un silencio de páramo, respondían fatalmente. Han tenido sólo escarnecedores, materia fácil a la conversión. Y al escarnio han opuesto indiferencia, desprecio reprimido.

Porque han conocido cómo es de blanducha la materia del escarnecedor, es que los hombres cuya preponderancia sigue pesando en la vida del país, no abaten sus ambiciones. Todas las vidas preparan la justificación de los yerros de tales hombres y en determinado momento vomitan el arrepentimiento. Al censor sí lo temen, porque a este le nace su censura de principios. No es individuo de circunstancias. El país, para quien censura honradamente, no es algo que pueda estropearse sin que nazca inmediatamente una responsabilidad grande. Y la exige severamente. El escarnecedor en presencia de un yerro, hace aspavientos, tira polvo hacia arriba. Lo que persigue es el escándalo, la sombra que produzca una tiniebla pasajera. No quiere darse cuenta de los males terribles del yerro cometido en daño de los valores de una patria. En la mayoría de los casos, ni siquiera repara en yerros, sino que se entretiene en simplezas. De aquí el modo fácil con que capitula y se entrega a los que llenó de oprobio.

Pero si realmente hay en nosotros anhelo por una patria sin ataduras, trabajemos para crear en cada generación una gran fuerza moral. De la prontitud con que aparezca está pendiente la estabilidad de la patria como cosa que tiene un sentido de decoro inconfundible. No podemos dejar que los intereses grandes de la nación mengüen tanto hasta ir quedando con aspecto de bien abandonado. Librémonos del poder de ciertos hombres que los estropean. Combatamos a esos hombres, pero en un combate limpio que nos libre de la actitud mental y moral del escarnecedor. Fundemos la lucha en principios. La

electricidad nacionalizada ha de constituir aspiración de nuestra vida, porque ella es la energía de un futuro que alborea, y sólo libre de dueño que la explote para esclavizar, podrán los pueblos desenvolverse en un bienestar grande. Si no lo comprendemos así, entonces más que luchadores recios, seremos curiosos infelices en una pelea que exige una gran capacidad de sacrificio. Nos volveremos escarnecedores de aquellos hombres que ciegos para vislumbrar un mundo que no será de ellos, están empeñados en abrir al amo extranjero el dominio perpetuo de nuestra electricidad. Y hay necesidad de limpiarse de esa mancha, mejor aun, de no adquirirla. No nos han de ver arrodillados ante quien señalamos como enemigo del desenvolvimiento libre de la patria. El principio de la electricidad nacionalizada tiene que dar a nuestras vidas un gran fervor para luchar contra el inmenso poder exterior que mueve su satanismo para cogernos y hacernos presa de su esclavitud. Y como éste, muchos otros principios por los cuales los hombres escarnecidos no han tenido nunca devoción ni respeto. Constituyamos una gran fuerza moral dentro del país, para que estos hombres comprendan que no todo es escarnio. Es preciso que el contraste se produzca. Volvamos la mirada hacia los poquísimos hombres que sienten devoción por los principios. No se diga que en esta bancarrota no existen esos hombres. No cometamos esa injusticia con el país.

Y si los buscamos que sea para aprender de ellos a ser fieles a los principios, sin los cuales somos naufragos. Cuando haya censura verdadera, cuando ciertos hombres sientan que si hoy se les repudia por estar favoreciendo los intereses que dañan la vida libre del país, no es para elogiarlo días después. Es de necesidad que quien vacila en la defensa de los intereses de un pueblo, está condenado al desprecio. No puede dejarse en el disfrute de una posición noble en el país. Los griegos nos señalaron hace siglos el ostracismo como forma de justicia popular. Revivámosla, pero sin otro sentido que el de expulsar de nuestros corazones a todos los que dañen la seguridad de la patria. No volverán a tener sitio en ellos, con lo cual habremos iniciado el comienzo de esta era en que las generaciones tengan una gran fuerza moral que hacer pesar en la vida del país. Aplicando ese ostracismo más fuerte que la privación del dominio geográfico, lograremos un trato honrado para todos los intereses vitales de la nación. Porque como van las cosas, nadá augura una bancarrota que nos pondra pegados a la esclavitud de poderes exteriores que viven en acecho fiero e impaciente.

Preocupémonos por conocer lo que vaya ocurriendo en el país, por sus novedades, pero hagámonos dignos de una respuesta que no sea la del rabo de los perros. Preguntemos no para curiosidad, para saber la murmuración malsana, sino para estar cada día al tanto de que no hay canallas que estén pudriendo la vida decorosa y libre del país.

Limón y agosto de 1931

Juan del Camino